

La Vanguardia (Barcelona) 12.3.23

A Través del Espejo: Crítica de la Crítica, Goya Siglo XXI

Por Joan-Francesc Yvars

Un incisivo historiador de las ideas, Siegfried Kracauer, sostenía que el pasado no puede entenderse engañosamente como un espejo nítido, ya que no solo refleja los rasgos de quien se mira en él, sino que apunta indicios o señales huidizas que sobrepasan la efigie y dejan actuar la cadencia del tiempo. El individuo pertenece a su época, pero su imagen destila una suerte de vestigios que puntúan un presente vivo. La investigación de **Anthony J. Cascardi**, *Francisco de Goya and the Art of Critique* (Nueva York: Zone Books, 2023) perfila con mirada ostensible la personalidad artística de Goya, desnuda ahora de la retórica académica que describe y califica su obra. El objetivo es cristalino: insistir en las relaciones entre el inabarcable cuerpo de la obra artística de Goya y el caos de cambios provocados por el impulso ilustrado, en pleno disloque napoleónico europeo. Nos desvela la vida de un honrado ciudadano de su tiempo –el momento de la Ilustración– visto al trasluz de un inquieto soñador diurno.

Goya es el brillante artífice de una poderosa intuición de las cosas que reproduce con perspicacia original, pero a su vez un clarividente perceptor de los que llamaríamos no visible, que apenas insinúa la construcción ideal del arte. El agudo estilete de Cascardi rastrea el versátil universo sensible de Goya, convencido de su radical vitalidad. Las imágenes de Goya avanzan los rasgos de un mundo en proyecto, que asimismo ejerce una crítica implacable sobre su tiempo. *Los caprichos*, las *Pinturas negras* y el poliédrico despliegue de obra gráfica nos sitúan frente a un testimonio veraz de las argucias de una mirada punzante que individualiza lo vivido: los *Desastres de la guerra* es el más despiadado ejemplo. El arte convincente de Goya elabora un tiempo de ficciones que se debate entre la historia –lo sabido– y aquello que se vislumbra.

He de confesar que tuve la fortuna de escuchar a intérpretes cualificados de la historiografía activa de Goya –Lafuente Ferrari y Julián Gállego, dos maestros; Pérez Sánchez, siempre ajustado; la narración mimbreña de Valeriano Bozal, Glendinning en Londres y Werner Hoffman en Viena–, quienes vieron en el pintor aragonés el modelo certero de una manera aguda de hacer arte, una sensibilidad alerta que se conmueve ante las crueles ambigüedades de la modernidad, que recela de las comunes y adormecedoras medias verdades del relato objetivo. El puntero de Goya enfoca su tiempo sin prejuicios de género –retrato, paisaje, historia, fantasía y quimera–, sí, pero con un discernimiento crítico que supone el análisis formalista, de voluntad narrativa: qué sucede, pero sobre todo cómo suceden los relatos que cuentan las imágenes. Este proyecto de crítica propone cuatro esferas complementarias, de acuerdo con Cascardi. La religión y sus antítesis, de la secularización a la superstición. La sociedad o el análisis acerado de un proceso de consolidación de un entramado social burgués, ciudadano y laico, y las “decepciones” que el proceso augura. La historia que tropieza con los cortocircuitos del proceso ilustrado, como las revoluciones y el descontento social. La psique humana que aporta el drama vital y sus derivaciones, como la violencia y la pulsión de muerte que justifica la corrida taurina hispana.

Sobre este entramado Goya adelanta una aventura imaginativa que despliega a su entender las aspiraciones de la Ilustración, un mundo que considera lúcidamente *inventado* en mayor medida

que natural. Propuesta estimulada curiosamente por los ideales éticos de Kant y Hegel, una aportación posmoderna que introduce el crítico norteamericano a tono con la severidad equidistante que colorea la actitud ilustrada del genio español. El *3 de mayo*, con esas ejecuciones ciegas que denuncian la barbarie popular y califican el proyecto socializador arriesgado. El cerrado reducto de lo individual, la vida vivida se sitúa al margen del espacio plástico y se convierte en el laboratorio personal de una sensibilidad alternativa, la cauta mirada íntima del pintor. Cascardi señala a la escuela de Frankfurt con insistencia y la convierte en atalaya para la reconstrucción intelectual española. La urgente cultura de la crítica, en suma, que debe acompañar el proceso emancipador. *Nada sin crítica*, había exigido Robert Hughes, inspirado en la estética de Kant, pero audazmente rectificado por Adorno en su *Dialéctica de la Ilustración*. Recurrir a Frankfurt para hablar de Goya no deja de ser una venial ocurrencia posmoderna.



¡Qué valor! , de los Desastres de la guerra , de Goya

MUSEO DEL PRADO

La obra de Goya desmenuza las artimañas de la Ilustración que empañan la visión del artista, siempre entusiasmado por la idea liberadora del progreso humano. La lectura de un optimista atento al sistema emancipatorio que orienta su trabajo: es el siglo de la revolución. En el fondo, y en la forma, la pintura amarga, que no desilusionada, del anciano Goya apuesta por lo no visible, del que apenas vislumbramos huellas inseguras que nutren el mundo nocturno que vigila su sueño. Goya es el visionario que jamás desespera porque quizás nada espera, en su desasida vivencia última. Terrible desafío. Un libro a leer con lápiz rojo en la hora sagrada del lubricán, cuando el ladrido del perro inquieta y nos obliga a mantener la luz encendida.